

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Advertencia.—"Salir por la cara," por D. Jerónimo.—"Entre matas," por Friacro Iráyoiz.—Sección de noticias.—Anuncios.

ADVERTENCIA

Como teníamos ofrecido, el lunes 2 del próximo mes de Agosto publicará LA LIDIA un número extraordinario con el retrato de Rafael Molina (Lagartijo), dibujado por Daniel Perea, con esa maestría que caracteriza sus obras, superando ésta á todas las anteriores.

En el texto, y previamente autorizados por el señor Peña y Goñi, aparecerá la parte de su libro, próximo á publicarse, *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, que se refiere á la aparición de Rafael en la plaza de Madrid, siendo el sumario de este fragmento, el siguiente:

Aparición de Rafael Molina, Lagartijo, en la Plaza de Madrid.—Ovación y cogida.—Sobresaliente de espada.—La alternativa.—Primera contrata.—La lucha.—El maestro y el discípulo.—Lagartijo y el Gordito en Cádiz.—Coleos y recortes.—La cogida de Rafael.—Conducta del Gordito, Comunicados, Subvenciones y Alabarderos.—Segunda cogida de Lagartijo en Madrid, etc., etc.

Creemos, por tanto, que el número, en su parte artística como en su parte literaria, ofrecerá un gran interés para todos los aficionados.

SALIR POR LA CARA

I.

Dicen que el arte de torear está en decadencia, dicen que el toro se va, que esto no tiene ya remedio, que no hay toros, que no hay toreros, que no hay público inteligente, que no hay nada y que la fiesta nacional está irremisiblemente llamada á desaparecer en breve plazo.

No sabemos si serán fundadas estas opiniones que hemos visto escritas cien veces y en diversas épocas, tratándose del toro y de otras mil cosas que no son el toro; pero preciso es confesar que si el toro se queda, en vez de irse, no será ciertamente por los esfuerzos de los que deberían tener mayor interés en que no se fuera.

No, el toro no decae, ni se pierde. El que se pierde, á fuerza de decaer, es el público. Es empeño singular el que tenemos de creer que todo decae, cuando en realidad quienes decaemos somos nosotros.

Y una de las muestras más evidentes de nuestra decadencia, es ese afán ridículo é inconcebible que nos lleva hoy á tratar el trabajo de los toreros, con una meticulosidad, con un prurito de inquisición,

con unos alardes de autoridad y con una pedantería, capaces de quebrantar el ánimo del diestro más concienzudo é inteligente.

Cuando hablamos, ahuecando la voz é hinchándonos de suficiencia, del toro clásico y de las escuelas de Ronda y de Sevilla y de otros mil lugares comunes que conocemos, como conocemos la fauna de los polos ó la cuadratura del círculo, todo se nos vuelve elogiar á toreros y toros, todo es generalizar, todo es sintetizar, y todo se acepta sin discusión, y con todo estamos conformes, y siempre proclamamos que como aquello no hubo, ni hay, ni podrá haber nunca nada.

¡Oh, el toro clásico! ¡Oh, la escuela de Ronda! ¡Oh, el toro movido! ¡Oh, la escuela de Sevilla!

Y cuando hemos barajado los nombres de los Romeros, con los de Pepe-Hillo, Costillares y Montes, nos creemos los Larras y los Revillas de la crítica taurina.

Antes, las suertes de torear se juzgaban con seriedad y con un marcado espíritu de benevolencia, se hablaba mesuradamente de los diestros y se les alentaba con los estímulos de una crítica razonada, fina y cortés. El trabajo se juzgaba en conjunto y no se olvidaban jamás las circunstancias atenuantes. ¿Por qué? Por una razón sencillísima: porque entonces se miraba *al toro*.

Hoy, que conceptuamos gigantes los diestros de ayer y llamamos chanchas, maletas y malos toreros á los modernos lidiadores, hemos cambiado radicalmente de táctica.

En vez de extremar nuestra benevolencia á favor de los que, privados de toda enseñanza, han sabido conquistarse un nombre, merced á sus propios y nada más que á sus propios esfuerzos; en vez de juzgar con mesura á los que han nacido, después de haberse convertido en ruinas el toro clásico (!); en vez de eso, nos hemos erigido en Aristarcos de guardarropía, desmesurando los detalles de las suertes, midiéndolas por milímetros, buscando el pelo en el huevo, como dicen los italianos, y gozosos, y satisfechos, y hasta orgullosos, cuando nuestra monumental ignorancia ha dado con un término nuevo que viene á aquilatar con minuciosidad de picapleitos el detalle más mínimo de una suerte cualquiera. ¿Por qué? Por una razón sencillísima: porque ahora se mira *al torero*.

Sería prolijo enumerar las novedades que privan en el tecnicismo taurino de veinte años á esta parte. Hoy no nos proponemos fijarnos más que en un neologismo que constituye la última novedad, está en moda y tiene un consumo increíble: *salir por la cara*.

II.

Eso se oye y se lee todos los días desde hace media docena de años, más bien menos que más, y constituye una censura tan fuerte, que basta decir que un matador *salió por la cara* para que la suerte de matar haya quedado, *ipso facto*, deslucida.

¡Cuánta preocupación! Tratemos de deslindar este asunto con la ayuda del sentido común, porque en cuestiones de toros no hay que apelar, la mayor parte de las veces, más que á esa facultad tan natural y sencilla que se llama el sentido común.

¿A qué llaman el público y los revisteros *salir por la cara*? A todo aquello que no es *salir por el rabo*. Porque han de saber Vds. que, hoy día, para que la suerte de matar resulte bien ejecutada, es condición indispensable, *sine qua non*, que el matador, después de meter el estoque, salga rozando las costillas del toro y quede á la cola hecho un plantón.

Esto quiere decir bien claramente que, una de dos: ó el toro al sentirse herido queda clavado en su sitio, como una estatua, ó sale de la suerte, al probar el acero del estoque, en línea completamente recta, sin desviarse á un lado ni á otro, derecho como una bala, obediente y dócil como animal que lleva en la boca un bocado de hierro y va donde le llevan, con la sumisión de un niño sin pecar.

Ya saben Vds. que el matador puede cuartear más ó menos antes de llegar al embroque; ya saben ustedes que puede echarse fuera, ó herir libre de cacho.

Pero lo que ignoran Vds. es que el toro no puede nunca cuartear, no puede extrañarse, no puede encogerse al sentir la estocada, no puede taparse, ni puede, mucho menos, fijarse en el engaño ó en el bulto y hacer por ellos.

No señor; el toro tiene que arrancar siempre derecho y tomar viaje natural, ó, en caso contrario, quedarse *frío e inmóvil*, como Don Bartolo en *El barbero de Sevilla*.

¿No lo sabían Vds? Pues ya lo saben ahora.

Hace pocos días, hablamos sobre este particular con un antiguo é inteligente aficionado, el cual nos dijo, poco más ó menos, lo siguiente:

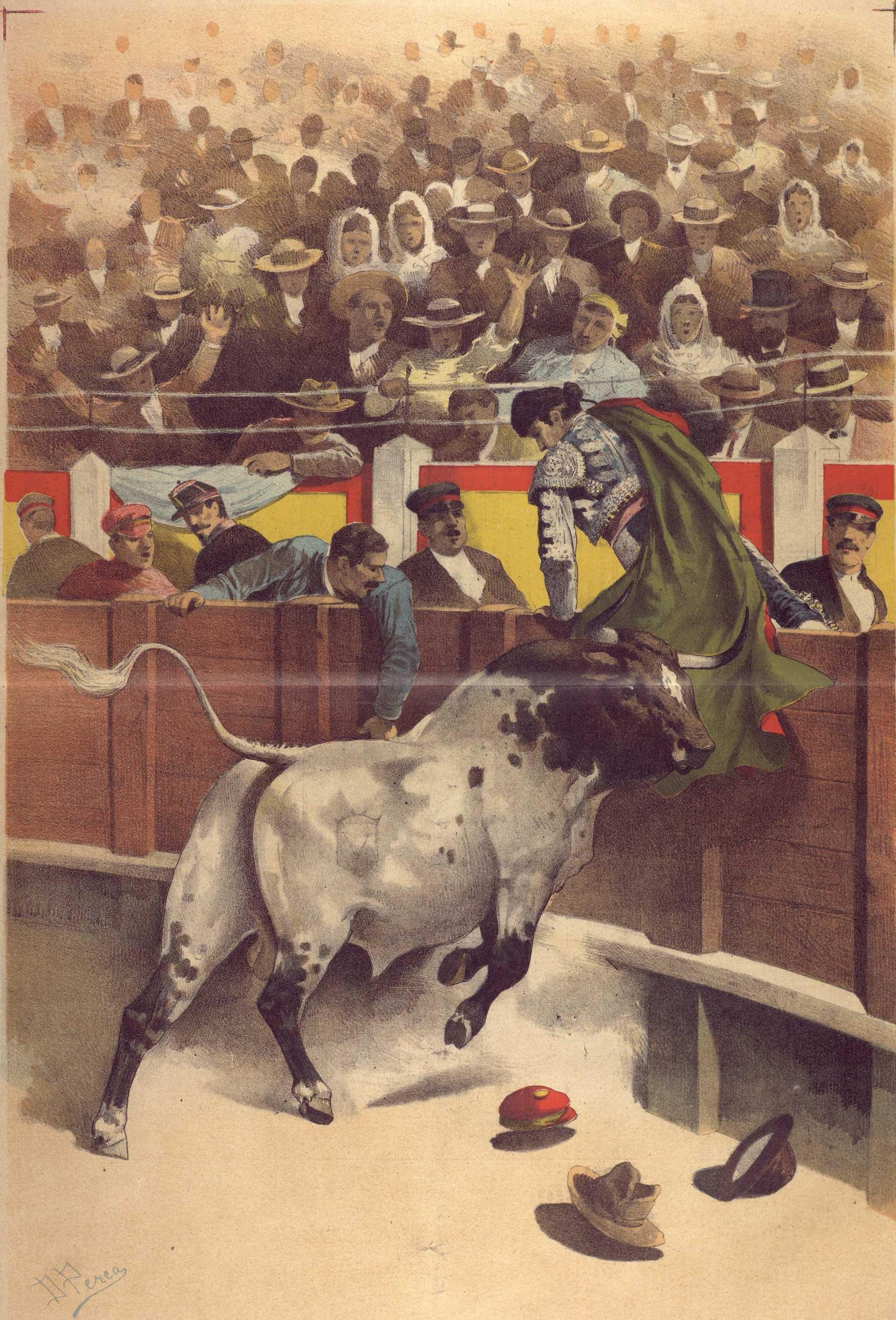
—Don Jerónimo, ¿quiere Vd. prestarme un señalado servicio?

—Con mucho gusto, contestamos. Hable usted.

—Ya que es Vd. tan amable, quisiera que se dirigiese Vd., en nombre mío, á los aficionados y á los revisteros de toros y les hiciese las siguientes observaciones:

Cuando un matador arranca corto y derecho, la reunión, ó sea el embroque, tiene que resultar necesariamente muy estrecho; es decir, cuando un matador consiente á un toro, que es lo que Pedro Romero llamaba *dejarse coger*, el engaño, que es la muleta, y el bulto, que es la mitad inferior del hombre, desde la cintura hasta los pies, resultan todo lo cerca de la cabeza del toro que requiere lo que Montes definía «el momento en que si el toro levantara la cabeza, resultaría el hombre necesariamente cogido», que no es otra cosa que el embroque.

Cuando el toro se siente herido, es necesario que se halle en un estado de desfallecimiento completo, para no hacer por el objeto que tiene delante; y como cuanto más se embrague y consienta el



*IIH
erco*

*AVILA
ORRUA*

matador, más cerca del toro han de estar la muleta y el cuerpo, de aquí que los toros se revuelvan, si son celosos; salgan tras la muleta, si son bravos; se encojan, si el dolor causado por la herida los para; salgan de estampía en la rectitud de su terreno, huyendo del golpe que los ha enfurecido, ó se queden en absoluta inmovilidad, si están completamente aplomados y no tienen pies, ni pueden con la cola.

No hay que olvidar que el matador no suelta nunca la muleta, lo cual indica que el toro, de cien veces, noventa y ocho tiene que salir tras el engaño, con tanta mayor facilidad, cuanto más cerca de sí la vea; y mucho más si se tiene en cuenta que únicamente en la suerte de volapié ordena Pepe-Hillo y Montes, que el matador *salga por pies*, cosa que hoy se censura acremente á todos los que ejecutan la suerte de Costillares!!!...

De modo que el matador queda á la cola del toro: 1.º, cuando el toro sale en viaje natural, y 2.º, cuando el toro no se mueve ni un ápice del terreno en que se encuentra, en el momento en que el espada arranca á matar.

En cualquiera de estos casos, ¿de quién es el mérito? ¿Del toro que queda á la cola porque el toro le deja en ella bueramente, ó del toro que hace lo que el público y los revisteros ignorantes atribuyen al torero?

¿No comprenden los aficionados y los revisteros que cuando un matador arranca corto y derecho, lo más probable es que *salga por la cara*, porque lo más probable es que el toro *dé la cara* al matador?

¿No comprenden los aficionados y los revisteros que cuanto más se embragueté, más se estreche un matador y consienta más á los toros con el engaño, es más natural y más fácil que los toros no le dejen salir por la cola, porque arranquen tras el engaño ó se vuelvan á coger?

¿Creen acaso que al sentirse herido el toro pasa la cabeza por debajo de la muleta, y parte en línea recta dejando al matador, tan tranquilo, á la cola?

¿No ven que la mayor parte de los toros, al llegar hoy al último tercio, se quedan en los pases ó se revuelven, ó se cuelan, ó se extrañan, ó se agarran al suelo?

¿No comprenden que al vaciar un toro en la suerte de matar, el brazo del matador no tiene el desahogo que le sobra cuando sólo torea de muleta, y que es, por tanto, mucho más fácil que el toro se mueva en su propio terreno, sin tomar viaje natural, y deje, por consiguiente, al matador *en la cara*?

¿Y no comprenden que de cien veces, noventa y ocho debe suceder esto al matador que más corto y derecho arranque, al matador que más consienta, al matador que más se embragueté; en una palabra, al matador que mejor cumpla con su deber?

El resultado de estas observaciones es delicioso; pues resulta clara y evidentemente demostrado que lo que el público y los revisteros llaman, en son de crítica, *salir por la cara*, es un verdadero elogio, puesto que el toro da mejor la cara á los que se arman que á los que se huyen. No hay cuidado de que *salga por la cara* el matador que hiere á traición, porque de lo que trata ese matador, es de *no dar la cara* al toro, y de evitar, por lo tanto, que el toro le dé la cara á él.

¿Por qué en el volapié hay que *salir por pies*, ó de naja, como hoy se dice á todo el que corre, según lo preceptuado por los maestros? Pues precisamente, porque estando el toro aplomado y teniendo que consentirlo muchísimo, debe evitarse que *dé la cara*; como es la suerte en que más se embragueté el matador, y estando el toro aplomado, hay que estrecharse necesariamente, sin parar apenas en el embroque; de aquí que Pepe-Hillo y Montes juzguen condición indispensable para el volapié, que el matador *salga por pies*.

¿Cuántas veces hemos visto á Lagartijo y Frascuelo en la Plaza vieja, y en los primeros años de la nueva, salir tropicados y hasta derribados en el volapié, después de haberse mojado los dedos! Y entonces nadie les decía que *salieron por la cara*, porque nadie sabía lo que era eso, y nadie se cuidaba sino de aplaudir á los matadores, y de llenar la plaza de sombreros y cigarros.

El matador de toros que *se arrima* no tiene más obligación que *salir del centro de la suerte*. Esa es su obligación y nada más. Lo dicen Pepe-Hillo y Montes, que sabían de tauromaquia más que nosotros, aunque no tanto como algunos revisteros de los que se usan hoy.

Todo lo que sea medir ese terreno por milímetros es ridículo y no tiene razón de ser.

¿Cómo se sale por el rabo en un pinchazo en hueso? ¿Cómo se sale por el rabo cuando el toro

cierra los huesos ó se encoge? ¿Cómo se sale por el rabo cuando el toro se revuelve?

Cuando los aficionados y los revisteros se convencen de que hay que mirar al toro y no al torero; cuando en la suerte de matar fijan la vista en las manos del toro y abarquén perfectamente en el instante de la reunión, la cabeza y las manos del animal y los dos brazos del matador, entonces verán lo que hacen los toros, y comprenderán que los matadores *verdaderamente* tienen que *salir por la cara*, necesariamente, inevitablemente, la mayor parte de las veces, mientras que los matadores *mentira* tienen todo adelantado para que el toro les deje á dos varas del rabo, como no salga tras ellos y les pegue un revolcón.

Salir por la cara se puede emplear como sinónimo de *echarse fuera*, cuando un matador se desvía de la reunión sin haber metido el brazo sino á medias, bien porque el toro esté aplomado y el espada haya creído que podía acudir, ó bien porque el espada dispare huyendo media estocada á paso de banderillas, y abra el regulador á los pies; pero en ambos casos es mejor y más acertado decir *se echó fuera que salió por la cara*.

De todos modos, conste que cuanto más bravo é inteligente sea un matador, tendrá mayores probabilidades de *salir por la cara*, mientras que los *María Juye*, que decía Domínguez, podrán salir más fácilmente por el rabo.

Y creo haber pulverizado ese insensato neologismo que desconocieron Pepe-Hillo y Montes, que no conocían Aben-Amar y Reguera, y que Carmona no empleó nunca. El tal *salir por la cara* es un solemnísimo disparate, y nada más.

**

Aquí terminó su larga plática el antiguo é inteligente aficionado. Tal cual nos la ha dictado, la trasladamos á los aficionados y á los revisteros que se pavonean por ahí con el *salir por la cara*.

Y como suponemos que los lectores de LA LIDIA tendrán curiosidad por conocer el nombre de ese aficionado, lo vamos á revelar, autorizados por él previamente.

Se llama Don Sentido Común.

DON JERÓNIMO.

ENTRE MALETAS.

—¡Hola, Isidro!

—¡Adiós, Boquilla!

—¿Qué haces aquí?

—Pus estaba

esperando á la Lorenza, que ahora sale de la fábrica, y me sacará tabaco, lo cual que me hace gran falta.

—¿Y Eluterio?

—No le he visto

hace más de una semana. Ya se ve, como que el martes le salieron tres contratas de una vez, *pa* Fuencarral, *pa* Villatuerta y *pa* Arganda; desde entonces está el hombre que se muere de importancia.

—¿Qué suerte tienen algunos!

—¿Si tienen? ¡Caya, hombre, caya! ¡Mía tú que siendo tan malo ganar tanto! ¡Me hace gracia!

—Escucha: cuando le viste, ¿te dijo cuánto le pagan?

—Dijo, que las tres corridas le salen, en buena plata, á veintisiete pesetas una con otra.

—¿Qué ganga!

—Ya yes tú si tiené suerte!

—Si no hay como ser un *changla* y tener miedo á los bichos y no llegar á la cara

pa que aluego le contraten y hasta le toquen las palmas.

¿Qué vale *Eluterio*, di?

—Pus, hombre, no vale nada; no sabe echar el capote á una res, como Dios manda.

—Y en palos pasa lo propio.

—¿Pus ya lo creo que pasa! Como no sabe meterse por derecho, no los clava.

—¿Y en la suerte de matar?

—Es un *maleta*.

—Es un mandria

que tiene poco de aquí, pero en cambio, mucha labia.

—Ya lo ves; sólo por eso le han contratao en Arganda, y habiendo otros mataores de mejores circunstancias, y teniendo buena ropa y una coleta muy larga, no encontramos dos salidas por un ojo de la cara.

—Yo, hace más de siete meses que no he salío á la plaza.

—Yo, lo que menós un año, que ya es buena temporada; y en cambio, á ese *zapatilla* le han salío tres contratas

¡de á veintisiete pesetas!...

¡Vamos, mal rayo le parta!

—Así, claro, se hará rico.

—Pus es muy fácil que se haga.

Ya ha nombrao apóderao al hijo de la Genara,

la dueña de una taberna de la calle de la Cava.

—Vaya, Isidro, hasta otro rato.

—Adiós, chico, hasta mañana.

—(¡Si yo tuviera esa suerte!)

—(¡Si yo pillara esas gangas!)

FLACRO YRÁZZOZ.

SECCIÓN DE NOTICIAS.

Luis Mazzantini ha firmado ya el contrato para torear en la Habana. El simpático diestro cobrará treinta mil duros por catorce corridas de toros; además disfrutará un beneficio. A los picadores y gentes de á pie abona Luis el precio de tres corridas por cada una. Esto honra al matador, que no quiere ganárselo todo. Los gastos de viaje y estancia en la Habana de Luis y su cuadrilla, son de cuenta de la Empresa.

Proyéctase en Madrid la celebración de cuatro corridas nocturnas, en las cuales la plaza estará iluminada en su interior con 90 focos de luz eléctrica, así como el exterior y el trayecto que media desde la Puerta de Alcalá al Circo taurino.

Se dice que para estas corridas está ya escriturado el diestro Cara-ancha, con otro de menor categoría.

LA LIDIA, que juzga al Sol como el factor más importante para animar la fiesta, celebrará que el pensamiento llegue á ser un hecho.

ANUNCIOS.

¡¡Duro ahí!!

AYUDA QUE PRESTA Á LOS IMPUGNADORES DE LAS CORRIDAS DE TOROS,

JOSÉ SANCHEZ NEIRA.

Se pondrá á la venta en la próxima semana.

EL FRAILE DEL RASTRO,

POR

EDUARDO DEL PALACIO (*Sentimientos*).

Precio UNA peseta.

Con descuento á los corresponsales de esta publicación.

EN PRENSA.

LAGARTIJO Y FRASCUELO
Y SU TIEMPO

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Imprenta y Litografía de Julián Palacios, Arenal, 27, Madrid.